

La fiesta:

Expresión de la práctica comunicativa en el barrio

Teresa Ontiveros*

“La fiesta es el termómetro de la prestancia del barrio, de su sustancia propia, de su consistencia...” Pedro Trigo

Un día, estando en mi casa materno-paterna, por esos impulsos que a veces tenemos, recordé un maletín en el cual se guardan nuestras fotos, me dirigí al cuarto y comencé a revisar el *álbum de familia*¹; al pasar hoja por hoja, me detuve en varias fotos que más que ser fotos de nuestros parientes y afines, eran fotos tomadas de varias fiestas que se llevaron a cabo en el barrio donde viví desde mi niñez hasta la adolescencia (*Catia*); luego nos mudaríamos a una segunda casa, donde viví desde mi adolescencia hasta los primeros años de mi adultez. Es en esta segunda casa, donde comienzo mi evocación. Si el evocar “...es entrar en un proceso fundamental de resurrección de momentos y de objetos sin los cuales el hombre [el ser humano en general] perdería toda relación consigo mismo, todo sentido, toda sensación de identidad y toda seguridad” (Cruz Kronfly, 1996:193) creo que en ese instante, cuando las fotografías me devolvieron a los lugares de mi infancia, logré articular mi historia individual con la historia, mi historia grupal.

Mi barrio, en donde nací y crecí, aparecía como escenario de grandes acontecimientos que se producían en ciertos ciclos de nuestra vida cotidiana: la fiesta más importante era

¹ Con toda la intención hago alusión al álbum de familia, teniendo en mente el importante libro de Armando Silva *Album de familia. La imagen de nosotros mismos* (1998), donde realiza a través de álbumes de familias colombianas (Bogotá, Medellín, Santa Marta y por extensión, familias que viven en Nueva York), un estudio de los periodos históricos y los “territorios afectivos” que conforman la realidad e imaginarios de los colombianos (desde el nacimiento de la fotografía en Colombia hasta el asesinato de líder Jorge Eliécer Gaitán en 1948, un segundo período que va de los años cuarenta a los setenta y un tercer período desde los años ochenta hasta finales de los noventa).



Era la fiesta, el holgorio, la risa, el baile, el juego, lo que le daba a esta existencia colectiva, otra dimensión de lo social.

la que se realizaba en honor a nuestra toponimia: la vuelta de la Cruz. Mayo era un mes significativo. Como todo lugar fundado, en una de las esquinas del barrio, una hermosa cruz le daba sentido a nuestros hogares y en mayo, especialmente por un señor llamado Ramón, quien movía literalmente cielo y tierra para conseguir recursos para, en principio, adornar la cruz y luego para animar los fines de semana con verbenas, músicos invitados (de otros barrios), templetas, palo enccebado, las corridas de saco, la lucha libre, etc. etc., se armaba la gran fiesta. Era el momento en que la muchachada corría por todo el sector, la alegría nos invadía por completo. Los más grandecitos se ponían sus mejores “pintas” y en mente estaba el platicar, bailar, conversar, hacerse de una novia o un novio, en suma *intercambiar*, no sólo entre nosotros, sino también con los vecinos que de los barrios alledaños se acercaban para compartir. Nuestra calle principal, vestida de colores, por los diferentes adornos que los vecinos tenían a bien aportar, se cargaba de una energía única, extática. Era el estallido de la socialidad, aunque luego, días más tarde volviéramos a nuestro ritmo cotidiano: los estudios, el trabajo, las amas de casa a sus labores, hasta los guapetones a sus “faenas”. También recuerdo con mucho cariño nuestros carnavales y fiestas decembrinas. A pesar de los grandes apremios económicos que vivían muchas familias, era la fiesta, justo el instante que nos permitíamos para soñar y crear. Más tarde pude entender que nuestro imaginario, nuestra vida social, no sólo se recreaba sino que se alimentaba de este *tiempo reversible*. Así cierro el álbum de familia, para continuar no ya con este ayuda memoria, sino con el honor que me otorgaron otras comunidades populares en ser observadora y receptora de sus saberes y vivencias.

Cuando en los años ochenta, después de obtenido mi título de antropóloga, me dispongo a conocer las visiones y versiones que

acerca del barrio, la ciudad, tenían los habitantes del **barrio Marín**, en suma el reconocimiento de su memoria colectiva, localizada pero activa, uno de los aspectos más significativos hallado en sus relatos, tenía que ver con la música y las fiestas que se realizaban en el barrio: la Cruz de Mayo, San Juan, los afinques en la plazoleta de Marín, las descargas en las esquinas, constituían parte de esta intrahistoria. No sólo guardo la palabra dicha por los habitantes, tuve la oportunidad y el honor de vivenciar algunas de estas fiestas. La imagen de San Juan acompañada de cantos recorría no sólo Marín, también los barrios cercanos, quizás entre el miedo y las expectativas seguíamos el canto, las banderas, y cómo las personas se agregaban a medida que se avanzaba en la marcha.

Igual que en mi barrio de origen, reconocía aquí a varios personajes que le daban el calor y el amor a la actividad, entre ellos el músico Totoño Blanco, para el momento, joven del sector, siempre entusiasta y cultor de sus raíces afrocitadinas; hoy recibe un merecido reconocimiento por su larga trayectoria y empeño de preservar lo mejor del folklore urbano: ser considerado un patrimonio cultural viviente. Pero, en los años ochenta hago referencia a ese joven (Totoño) quien en compañía de otros jóvenes de la comunidad impulsaba lo mejor del gentilicio del barrio Marín. Era la fiesta, el holgorio, la risa, el baile, el juego, lo que le daba a esta existencia colectiva, otra dimensión de lo social. Ya comenzábamos a observar la presencia de otros jóvenes cuyos estilos de vida venían marcados por la violencia, la trasgresión al territorio comunitario, pero, en esos momentos de encuentros colectivos, no sin temores, se lograba negociar; así la fiesta como hecho extraordinario, lograba convertir a los malandros en los cuidadores de la fiesta.

Toda fiesta, como bien lo advierte el antropólogo francés Jean Duvignaud, es una explosión de sensaciones y pasiones, la vida y la muerte forman parte del hecho festivo; así, algunas veces el final de la fiesta es la reyerta, la pelea, el intercambio, pero esta vez signado por el enfrentamiento. El ser humano tras la satisfacción de su vida hedonista, está presto para desafiar hasta los momentos de fractura, de desajustes; por ello, a pesar de los avatares, la fiesta continúa.

Mis vivencias en los barrios se acercan a lo encontrado por otros estudiosos, conocedores de la vida colectiva de estos territorios. Es en **Petare**, donde el padre Matías Camuñas nos radiografía una forma de existir en el barrio, y entre la riqueza de descripciones, aunque no hace mención a fiestas que se

...a pesar de las adversidades, el barrio construye parte de su identidad, sentido de pertenencia a través de las fiestas.

En la fiesta los pobres reivindican su derecho a la risa, "...a existir no sólo como individuos que trabajan, sino también como sujetos con deseos que juegan y sueñan"

originan a propósito del día en que se fundó el barrio, o el carnaval, o fin de año, con cuánta fuerza nos describe el sentir festivo del barrio y cómo el joven es el principal protagonista: "El joven del barrio hace la vida en la calle. Pocas son las horas que pasa en la casa (...) Y aunque la muchacha sí está más tiempo en la casa, en pocas ocasiones estará la familia reunida (...) El día que al cumpleaños se le pica la torta, ese día se reúne la familia y celebra un buen bonche. *Porque es necesaria la fiesta en el barrio.* La sobrevivencia pasa por celebrar hasta el más mínimo detalle. Las ganas de vivir son tan grandes que ni muerte ni amenaza puede contra el pobre del barrio, y de la muerte termina haciendo un encuentro festivo de fraternidad y solidaridad, como puede ser el velorio del barrio, con ron, café, galletas y queso. El velorio, la graduación desde el kinder hasta tercer año, los quince años de la jovencita –verdaderos alardes de fantasía y rosa–, el bautizo del chamito...cualquier motivo es válido para montar una buena fiesta (...) En el barrio la vida es entendida definitivamente como relación, como una gran red de relaciones. La fiesta, la visita, el encuentro en la esquina, la conversa de las comadres..." (Camuñas, 1995:166,167. Su-brayado nuestro).

Muchas de las investigaciones que he seguido de cerca para conocer más en torno de los barrios y su gente, muestran indefectiblemente este rasgo característico de estos territorios: a pesar de las adversidades, el barrio construye parte de su identidad, sentido de pertenencia a través de las fiestas. En el barrio **El Laurel**, Hoyo de la Puerta, la antropóloga Yelitza Mendoza (2001), nos describe en las memorias del barrio, la importancia de celebraciones como el carnaval, el día del niño, el día de la madre, fin de año; la antropóloga María Carolina Hidalgo (2004) nos destaca en un estudio sobre el barrio **El Pedregal**, las celebraciones en el barrio: carnaval, Semana Santa, San Juan, Cruz de Mayo, la fiesta religiosa: procesión del Santo Sepulcro, destaca la participación tanto de hombres como de mujeres en estas actividades y la muy conocida tradición de los palmeros de Chacao, donde se viene incorporando a los niños de la comunidad en la tradición; igual, nos destaca la antropóloga Suhail Peraza (2006), en su estudio realizado en el barrio **La Pradera** (Petare), donde se llevan a cabo las festividades en honor a la virgen de Fátima y la Cruz de Mayo. Venimos observando con mucho detenimiento en la parroquia **El Valle**, el movimiento cultural *Tiuna El Fuerte*, el cual viene dirigido muy especialmente a los jóvenes

de la parroquia, pero también irradiando su acción a jóvenes de otros barrios de la ciudad; este movimiento ha promovido una serie de actividades recreativas, formativas y han impulsado el sentido festivo de estas comunidades: el baile, la música, el cine, los juegos, forman parte del incentivo de la cultura creada por los mismos jóvenes. Con ello se intenta llenar ese vacío de sentido que drásticamente ha sido ocupado por la delincuencia y la inseguridad, con miras a reforzar la identidad, el arraigo y el sentido de pertenencia al barrio, a la ciudad, al país.

En estos ejemplos encontramos una constante en las celebraciones: Cruz de Mayo, carnaval, fin de año. Y aunque son las mismas festividades, cada comunidad le imprime su propio sello; en este sentido, compartimos la tesis del investigador Enrique González Ordosgoitti, quien nos explica cómo la adscripción al *lugar*, le da su propia especificidad, ya que "...el efecto social de la fiesta (...) está profundamente consustanciado con el espacio habitable, el DONDE se realiza" (González Ordosgoitti, 1998:247), igual, quién o quiénes impulsan la actividad, a quién o a quiénes va dirigida; esta suma de situaciones, dará cuenta de la carga particular (barrial) que se le otorga a la fiesta.

El espacio barrio, entre la armonía y la tensión, encuentra en los jóvenes, el protagonismo, tanto para reforzar lo que de tradición y modernidad los caracteriza, a través del impulso de las actividades enaltecedoras de su gentilicio o el joven que se enfrenta a su propio territorio a través de la violencia, de la muerte. La fiesta colectiva es el espacio que se presta para la coexistencia de estas dos formas radicales de representarse al mundo, y por ser así, puede ser la *bisagra* del encuentro momentáneo, pero intenso del compartir o puede ser el espacio potenciador del desencuentro y con ello los enfrentamientos, la muerte, es así como desafortunadamente se reportan casos de finales infelices tanto de fiestas colectivas como privadas.

La fiesta tiene una importancia primaria en la vida del barrio, juega un papel en la comunicación y proyección de la alegría, sobre todo la realizada en la calle; constituye el complemento dialéctico de la vida cotidiana, es la necesidad de salir de los rituales de la cotidianidad, es en sí una ruptura con la cotidianidad. En la fiesta, como nos lo indica la investigadora Sonia Muñoz, los pobres reivindican su derecho a la risa, "...a existir no sólo como individuos que trabajan, sino también como sujetos con deseos que juegan y sueñan" (Muñoz, 1994:75), por tanto, hay que estar atentos ante la pérdida del sentido de la fiesta. Los contextos de vio-

lencias e inseguridad, intra e ínter barrio, están afectando la vida integral del barrio, y los jóvenes e incluso niños y niñas, se encuentran justo en el ojo del huracán...

En esta trama de miedo, inseguridad y violencia, cada vez más se observa cómo el mapa festivo popular urbano, se viene resquebrajando; en este sentido, ¿qué ocurre con el uso del tiempo libre? ¿Cómo los jóvenes y las jóvenes del barrio representan en la actualidad el sentido festivo? ¿Utilizan otros espacios para satisfacer sus necesidades lúdicas-festivas? ¿Están cargados de otros códigos, significados los rituales festivos? ¿Los jóvenes como colectivo se “comprometen” en la reproducción y transmisión de aquellos dispositivos identitarios que lo conforman como comunidad? ¿Cómo entienden hoy los jóvenes y las jóvenes del barrio el sentido del disfrute, la recreación, la moda, el lenguaje, la música? ¿Cómo establecen la relación barrio-ciudad, a propósito de las fiestas? Estas interrogantes se nos asoman; constituyen una necesidad reflexiva, donde más allá de los prejuicios y la mirada androcéntrica, podamos entender los procesos de resemantización que se vienen gestando, al menos en esta última década, a propósito de la fiesta en el contexto de los territorios populares urbanos, ya que ésta por excelencia ha constituido parte de la consistencia, sustancia del barrio (Trigo, 2004, 153). Como práctica comunicativa nos ha enseñado mucho acerca de las redes de relaciones que se tejen en los barrios, su memoria e identidad.

*Antropóloga. Escuela de Antropología Universidad Central de Venezuela

REFERENCIAS:

- Camuñas, Matías (1995). “Vida en los barrios: la sobrevivencia de los más débiles”. En Amodio, Emanuele y Teresa Ontiveros (editores) *Historias de identidad urbana. Composición y recomposición de identidades en los territorios populares urbanos*. Fondo Editorial Trópykos. Ediciones FACES-UCV. Caracas.
- Cruz Kronfly, Fernando. “Las ciudades literarias”. En Giraldo, Fabio y Fernando Viviescas (compiladores). *Pensar la ciudad*. Editores Tercer Mundo, S.A. Bogotá.
- González Ordozgoitti, Enrique (1998). *Los sistemas de fiestas en Venezuela. Hacia una sociología del uso del tiempo extraordinario festivo en las sociedades Estado-Nación contemporáneas*. Tesis para optar al título de Doctor en Ciencias Sociales. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- Hidalgo, María Carolina (2004). *Convocación comunitaria y liderazgo femenino en el barrio El Pedregal*. Trabajo Final para optar al título de Antropólogo. Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- Mendoza, Yelitza (2001). *El Laurel: memoria colectiva y sentido de pertenencia en un territorio popular urbano del Área Metropolitana de Caracas*. Trabajo Final para optar al título de Antropólogo. Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- Ontiveros, Teresa (1985). *Marín. La mémoire collective d'un "barrio" populaire à Caracas*. Tesis de doctorado de Tercer Ciclo. Universidad Paris VII. París.
- Muñoz, Sonia (1994). *Barrio e identidad. Comunicación cotidiana entre las mujeres de un barrio popular*. Editorial Trillas. México.
- Peraza, Suhail (2006). *Significado socio-espacial del barrio para una diversidad étnica. Caso: barrio La Pradera de Petare. Estado Miranda*. Trabajo Final para optar al título de Antropólogo. Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- Trigo, Pedro (2004). *La cultura del barrio*. Universidad Católica Andrés Bello. Fundación Centro Gumilla. Caracas.